Un elogio, un estupor, una elegía

Pablo Auladell
Ilustrador

Partiendo de su propia experiencia, avalada por más de veinte años dedicados a ilustrar, el Premio Nacional del Cómic 2016 reflexiona sobre la profesión y la producción editorial. ¿Es acertado hablar de un renacimiento del álbum ilustrado, o se trata de un espejismo? Al tiempo que subraya el contraste entre la avalancha de títulos que se editan y la escasa atención que encuentran en los medios de comunicación y en los propios consumidores, Pablo Auladell, crítico implacable, disecciona con acerado bisturí el oficio y pone el dedo en las llagas de la edición.

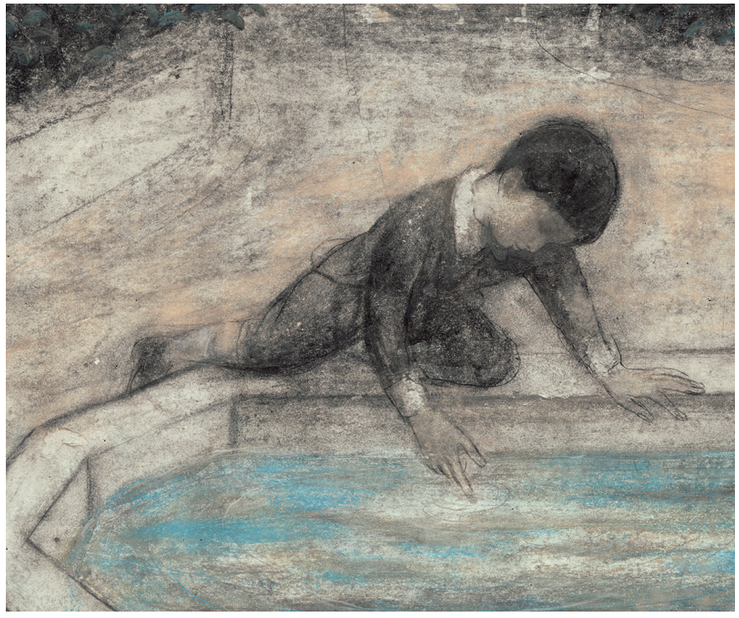
En su novela *Quasi una fantasía*, Andrés Trapiello viene a decir que: "el drama de los autores contemporáneos es que tienen que hablar de sí mismos si quieren justificar lo que escriben". La sopa de novedades en que flotan los autores contemporáneos y sus obras es tan abrumadora que sólo es posible destacar a fuerza de desgañitarse, sobreexponerse o acompañar esa obra que uno va haciendo de algo externo, tangencial, que proporcione eco y seguidores.

Potemkin
Homenaje a la película de Sergei Eisenstein
Pablo Auladell
Libros del Zorro Rojo, 2018

Así funciona el asunto también, me parece, en nuestro pequeño ámbito y podría ahora afirmar, parafraseando a Trapiello, que el drama del ilustrador contemporáneo es que tiene que hacer de todo menos ilustrar. Nos hemos convertido en una suerte de cómicos de la legua, docentes en múltiples talleres y másteres, monologuistas, monitores de campamento o (aunque esto último no es mi caso, desde luego) *influencers*. Y yo me hice dibujante para no tener que salir de casa nunca.

I. Elogio de la lentitud

La profesión de ilustrador ha cambiado enormemente en estos veinte años que debe hacer que yo aterricé en ella. Me llama la atención, sobre todo, lo populoso que se ha ido tornando mi oficio, con legiones y legiones de individuos asomados a ese delirante patio de vecinos de las redes sociales, gritando a todas horas su mercancía, a la que han etiquetado como ilustración. También observo, entre divertido y aterrorizado, la



12 Poemas de Antonio Machado
Il. Pablo Auladell
Kalandraka, 2020

extendida y mayúscula autocomplacencia que fácilmente se percibe sólo con asomarse unos segundos a ese nuevo bazar.

Los espejos, sin embargo, son artefactos muy serios y es peligrosísimo utilizarlos para la autocomplacencia, ya que en realidad no sirven para contemplarse en ellos, como hace la mayoría, sino para contemplarse DESDE ellos. Es necesario aprender a atravesarlos.

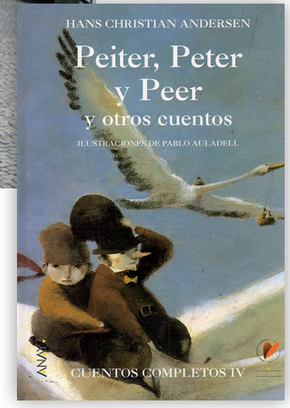
Lo más difícil del mundo es aprender a mirarse y, tanto es así, que calculo que, de los veinte años que llevo en la profesión, tardé alrededor de doce en aprender a hacerlo, a mirarme, a mirar mi trabajo con propiedad.

Cuando conseguí publicar mis primeros libros ilustrados a finales de los 90, principios de 2000 (todos en el ámbito de la Literatura Infantil, pues fuera de ella prácticamente no se hacían libros con ilustraciones), había también, ahora soy capaz de verlo con claridad, grandes confusiones, aunque el ruido, quizá, no era tan ensordecedor.

Por ejemplo, sufríamos rabietas infantiles y recurrentes, llevados por una soberbia creativa que ahora se me antoja casi entrañable. Mis compañeros de profesión, y yo mismo, claro, nos enredábamos demasiado en discusiones estériles acerca de si éramos artistas y debíamos ser tratados y respetados como tales, o sobre cómo era posible que nuestras obras no fueran colgadas en los museos junto a la Gioconda.

Lo gracioso es, que visto ahora, paradójicamente, habiendo sido ninguneados durante tanto tiempo por el resto de las Artes Mayores, éramos nosotros, los ilustradores, y nuestro trabajo, lo que más se asemejaba a lo

Bologna Children's Book Fair
Bolonia, 2006



Peiter, Peter y Peer
Hans Christian Andersen
Il. Pablo Auladell
Anaya, 2004

que fue una vez el Arte y sus valores de Belleza, excelencia en la manufactura, narratividad, comunicación sin necesidad de que un catálogo escrito por el crítico de arte haga de intermediario o vendehumos... También conservábamos un marco de sentido, el libro, mientras pintura y escultura andaban como pollo sin cabeza queriendo ser cualquier cosa. Y en el trabajo de los mejores de nosotros, como Isidro Ferrer, Joana Concejo, Elisa Arguilé..., se daba ese equilibrio casi perfecto entre la idea y el objeto bien hecho.

Siempre hay una corriente predominante cada cierto tiempo y ya habrán intuido que en aquellos años había un gusto por el álbum ilustrado de factura pictórica, y todos usábamos óleos o acrílicos y nos esforzábamos por darle a aquello una pompa de obra digna de enmarcarse.

Todo aquel empeño por equipararnos con las artes mayores y toda aquella pataleta por ser reconocidos quedó resuelta de la noche a la mañana, en cuanto un par de álbumes y un par de novelas gráficas supusieron, por una serie de circunstancias, un éxito de ventas sin precedentes. Entonces, como apunta Félix de Azúa, cuando el mercado detecta una mercancía que produce oro el siguiente paso es revestirla de prestigio. Y así, pasamos ilustradores y autores de novelas gráficas a ser entrevistados a toda página en periódicos, radios y magazines donde se nos llamaba artistas y poetas sin titubeos, y se multiplicaron las exposiciones en museos y galerías de arte especializadas.

Los ilustradores españoles siempre hemos trabajado, para mi gusto, en demasiados libros y en demasiadas editoriales, lo cual dice poco en favor

El sueño de Malinche
Gonzalo Suárez
Il. Pablo Auladell
Editorial La Huerta Grande, 2019

Película de animación.

de los criterios de dirección artística de muchas editoriales y lo dice todo de las condiciones económicas, las más de las veces irrisorias, en las que hemos desarrollado nuestro oficio.

En mi caso, además, por circunstancias que ahora no vienen al caso, me resultaba indispensable posicionarme rápidamente en el mundo editorial. Esa ansiedad, esa presión, hizo que asumiera una cantidad considerable de encargos en los primeros años y quedó traducida en una bibliografía excesiva, que me permitió vivir de mi trabajo, cierto, pero que también me atormentó hasta la repugnancia, pues de la treintena larga de libros ilustrados que publiqué entre 2000 y 2010 prácticamente ninguno me satisfacía. Demasiados libros y ninguno potente, donde yo pudiera contemplarme como ambicionaba. Pero es que, más estremecedor aún, la mayoría de aquellos libros resultan hoy inencontrables, han desaparecido.

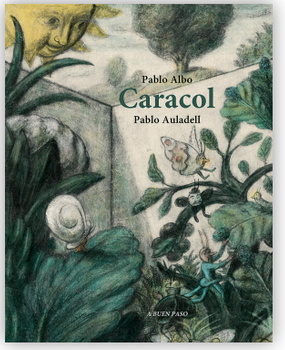
Logré mi propósito de hacer libros mejores y más decisivos. Pero cada vez fueron menos los libros vinculados a la Literatura Infantil. En esos años, 2010-2011-2012 cambió sustancialmente el panorama editorial. Quizá también había perdido una alegría que es esencial para trabajar para los niños y niñas. Me había hecho mayor y, con mis hijos, ya iba sobrado de infancia.

Sin embargo, ocurrió algo inusual. Un pequeño cuento que había hecho con Pablo Albo allá por 2005 quedó libre de derechos y la editorial no tenía intención de seguir publicándolo. A Arianna Squilloni, de A Buen Paso, siempre le había gustado mucho ese texto de Albo y nos ofreció rescatarlo para su editorial. Se me ocurrió entonces ponerle como

condición que yo debería redibujar aquel cuento, que siempre mereció mejor suerte y mejor ilustrador.

Durante tres años tuve la oportunidad de demorarme y pensar bien lo que estaba haciendo, ese sueño tan común a los autores de retocar eternamente su obra. En este libro se da la curiosa circunstancia de que es a la vez uno de mis primeros trabajos y uno de los últimos, y creo que se pueden apreciar en él muchas de las cosas comentadas hasta ahora.

II. Estupor del ingenuo

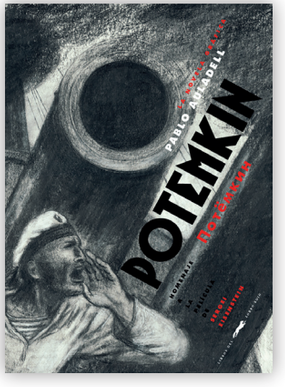


Caracol
Pablo Albo
Il. Pablo Auladell
A buen paso, 2019

Aparte de sucumbir a la vorágine editorial, con esa prisa por llegar a ninguna parte con un libro desaparecido, caí muy pronto en un estado de constante estupor.

En 2006 viajé por primera vez a la famosa Feria de Bolonia. Se decía que visitarla era indispensable para un ilustrador. Entonces, desde luego, era así. Nada más llegar, de hecho, tomé conciencia de la verdadera dimensión y carácter del mundo en el que estaba trabajando. Enseguida me llamaron la atención ciertos detalles que lo decían todo sobre la edición de libro ilustrado en España:

-Las casetas de las editoriales extranjeras, lucían carteles muy cuidados en cuanto a diseño gráfico, extraordinarios, de sus mejores ilustradores, y toda clase de *merchandising*.



Potemkin
Homenaje a la película de Sergei Eisenstein
Pablo Auladell
Libros del Zorro Rojo, 2018

-Muchas de las nuestras parecían más un kiosco de chuches y los carteles resultaban demasiado escolares para mi gusto, con un diseño como de cartel municipal de animación a la lectura.

-Vi a muchos de nuestros editores yendo y viniendo por las casetas extranjeras, comprando derechos. No vi el mismo movimiento en las nuestras.

Siempre me había llamado la atención cierta, digamos, inacción de nuestras editoriales o falta de conciencia sobre el potencial que tenían de verdad entre sus manos. Me parecía inconcebible que a ningún editor se le ocurriese nunca sacar partido como *merchandising* en camisetas, estuches, mochilas, etc. a las imágenes de Pablo Amargo.

También me resultaba sorprendente, cada año más sorprendente, que no se le diera el Nacional de Narrativa Infantil y Juvenil a Javier Sáez Castán, uno de nuestros auténticos escritores en este género y que nos parecería el colmo de la genialidad y de la retranca bizarra si fuera de otro país.

La feria abandonada
Pablo Auladell, Rafa Burgos y Julián López Medina
Il. Pablo Auladell
Barbara Fiore , 2013

Y qué decir de la mezcla de estupefacción y desolación que me producían éxitos descomunales como el de Rebeca Dautrèmer, autora fantástica, por otra parte, naturalmente. Pero nosotros teníamos a Ana Juan...

Viajé a Bologna una vez más en 2008 y desde entonces no he vuelto a ir, en parte por mi alejamiento de la edición infantil, de modo que desconozco si algo de lo que he comentado se ha corregido o cambiado.

Lo que desde aquellos viajes a Bologna no sólo no se ha corregido sino que se ha convertido en un problema que quizá aún esté por estallarnos a todos en las narices es la saturación. En una vuelta colosal de la tortilla, si les decía que cuando empecé sólo se ilustraba para infantes y el texto con dibujos era percibido inmediata y peyorativamente como algo infantil, ahora pareciera que todo debe ir ilustrado. Son dos polos igualmente nocivos. Esta saturación ha hecho que nada destaque, que los ilustradores que se incorporan consigan publicar con más facilidad, pues hay mucha caja que llenar de contenido, pero que les sea dificilísimo seguir publicando, ya que ese primer libro ha quedado barrido en segundos por la avalancha de los que se publicaron al minuto siguiente, y ni un minuto de atención o promoción obtuvieron ni de su editorial ni de los medios ni del epatado consumidor.

Cuaderno Arcaico Muralis
Il. Pablo Auladell
Degomagom, 2020

En esos años en que viajé a Bologna estaba en su apogeo el convencimiento, luego comprenderíamos que se trataba de un espejismo, de que vivíamos un renacimiento del álbum ilustrado, un género que había desaparecido prácticamente en el páramo de los noventa y que ahora resurgía con mucha fuerza.

Se podría dar otra conferencia sobre por qué quedó en nada ese renacimiento y analizar lo frágiles y equivocadas que eran las razones que nos habían convencido del mismo, pero eso ya está muy discutido y prefiero llamar la atención sobre algo que no sé hasta qué punto ustedes o mis colegas han percibido y pueden o no estar de acuerdo conmigo: efectivamente, el álbum ilustrado no cuajó como se esperaba, pero no todo fue en balde. Con varios de mis colegas siempre especulé con las posibilidades del álbum ilustrado, pero para adultos o para todo el mundo, sin etiquetarlo como infantil, sacándolo de esa restricción. Y eso ha acabado materializándose, aunque por una vía inesperada (la vida nos da en realidad siempre lo que queremos, lo que pasa es que no nos lo da de la forma que esperábamos): muchas novelas gráficas, como la de Emil Ferris, tienen en realidad poco de cómic y mucho de esa mixtura entre palabra e imagen que algunos de nosotros siempre hemos pretendido. Es como si se estuviera construyendo un nuevo híbrido de palabra y dibujo que aún no ha encontrado un nombre apropiado.

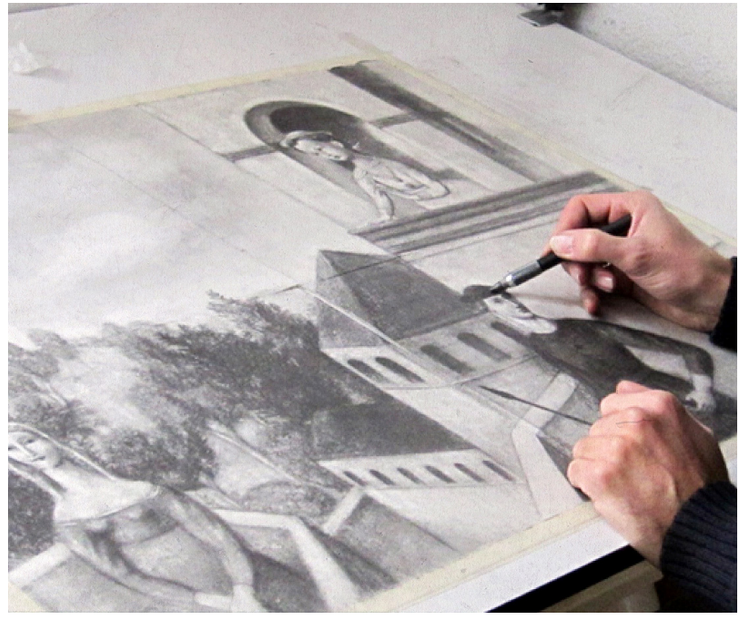
III. Elegía

Voy a tratar de explicar, y explicarme, un poco más las razones que me llevaron a alejarme del mundo infantil. Y lo haré apoyándome en las ilustraciones que hice para los poemas de Machado que ha publicado Kalandraka.

En primer lugar, el campo de juego se ensanchó y empezaron a llegarme encargos de literatura no vinculada a lo infantil. Y, por otra parte, las tendencias en el álbum ilustrado habían girado hacia el humor, afortunadamente para los niños, pero ahí yo tenía poco que decir pues siempre que salgo en las fotografías riendo salgo con cara de acelga sorprendida. También hubo un detalle determinante: los encargos que me llegaban desde ese ámbito de la Literatura Infantil eran cada vez menos Literatura y más Psicología de las emociones o libros de autoayuda para locos bajitos: fue la eclosión de los libros de valores (ahora quizá ya tengamos perspectiva suficiente para ver si funcionaron: botellones en una pandemia, etc.).

También creo que tuvo mucho peso en mi alejamiento mi paternidad agotadora, que actuó como una verdadera demolición de todas las tonterías en que había sustentado mi pensamiento durante años, de todos los mitos sobre la lectura, la educación, etc. En fin, daría para otra conferencia.

El trabajo sobre los poemas de Machado supuso el regreso de unos recuerdos muy vívidos de cómo eran las mañanas en el colegio durante



Colombina
Antonio Ventura
Il. Pablo Auladell
Edicions de Ponent, 2003

mi infancia, de lo que sentía, de mi amor por aquel mundo literario, por aquellos autores que me acompañaban todos los días, queridos hondamente como amigos y mentores de nobleza prístina, refugio en días duros de acoso de chulones y abusones. Se me hizo más claro aún cuán siglo XX era yo, cuán de otro mundo, un mundo, por cierto, totalmente ficticio, embadurnado de citas, de palabras de otros, esa vocecilla poética que me explicaba líricamente la realidad, que me la traducía continuamente, que no callaba nunca.

Y todo ese mundo que conocí, que me nutrió (en mi relación con los niños, en mi experiencia con mis hijos, lo he visto claramente) he sido incapaz de transmitirlo, de legarlo. Lo sigo atesorando y defendiendo, pero creo que soy una fortaleza rodeada por un páramo. Lo más seguro es que toda esa letanía de autores, de obras, de mitos, de símbolos, de melodías... se vaya perdiendo en unos años, no muchos.

No quiero ponerme estupendo, pero me parecía muy hermoso terminar mi conferencia citando a Rilke, que en su carta a Von Hulenicz dice algo que yo entiendo en el sentido que les acabo de comentar:

«Las cosas dotadas de vida, las cosas vividas, las cosas admitidas en nuestra confianza, están en la declinación y ya no pueden ser reemplazadas. Somos tal vez los últimos que conocieran tales cosas. Sobre nosotros descansa la responsabilidad de conservar, no solamente su recuerdo (...) sino su valor humano y lárico».